

## HISTORIAS DE HOMBRES

Recuperando las voces de los hombres reales

## STORIES OF MEN

Retrieving the voices of real men

### Joan Sanfélix Albelda

Grupo de Investigación "ECULGE" (Economía, cultura y género)  
Universidad Miguel Hernández de Elche, España

### Anastasia Téllez Infantes

Grupo de Investigación "ECULGE" (Economía, cultura y género)  
Universidad Miguel Hernández de Elche, España

## RESUMEN

En este artículo se presenta una aproximación a las vidas de los hombres desde la perspectiva de género. A través de sus relatos biográficos se conocerá cómo han configurado a lo largo de sus trayectorias y en los diferentes ámbitos de socialización su ideal de masculinidad y cómo se han construido como "hombres verdaderos". De este modo, se descubrirá si hay diferencias significativas entre hombres con diversos perfiles o si más bien existen ciertos elementos recurrentes para todos ellos.

## ABSTRACT

This article presents an approach to the lives of men from a gender perspective. Through their biographical narratives, will be known how they have been set up along their trajectories and different areas of socialization their ideal of masculinity and how they have built themselves as "real men". In this way you will discover if there are significant differences among different profiles men or if there are certain recurring items for all of them.

### Palabras clave

*Masculinidad; hombres; género; socialización; ritos de masculinidad; espacio público; relatos de vida.*

### Key words

*Masculinity; men; gender; socialization; rites of masculinity; public space; life stories.*

## 1. Introducción

Conseguir que los hombres hablen sobre sí mismos, sus problemas o sus sentimientos, no es una tarea fácil. La historiografía y otras disciplinas han recuperado para la posteridad una serie de relatos que suelen narrar las hazañas de héroes, reyes, capitanes, etc., pero en muy pocas ocasiones se ha tenido la ocasión de acceder al conocimiento de las vidas de los hombres desde una perspectiva de género (Guash, 2012), si cabe, aún más en el contexto español. Aunque existen motivos que explican o justifican en su caso esta escasez de bibliografía específica sobre la vida de los hombres corrientes, también es cierto que los *Men's Studies* desde hace unos años comenzaron a reclamar esta nueva perspectiva en los enfoques que empezaban a preocuparse por la identidad masculina. Como destaca Nelson Minello:

*En la década siguiente, la de 1970, comienzan a aparecer los Men's Studies; su particularidad consiste en dejar de lado al hombre como representante general de la humanidad y adoptar el estudio de la masculinidad y las experiencias de los hombres como específicas de cada formación socio-histórico-cultural. Tales análisis se ocupan más de los hombres comunes y de su vida cotidiana que de los políticos, los militares o los héroes. (2002: 12)*

Esta llamada a las Ciencias Sociales por su implicación en el conocimiento de las vidas de los hombres reales, es, en parte, la que justifica el interés académico y científico por descubrir de primera mano los relatos que los hombres elaboran de su propias vidas, especialmente de cómo han construido su ideal de masculinidad a lo largo de los años y la significación que le dan a ésta, teniendo sobre todo en cuenta

que hay que enfrentarse, siguiendo la línea de Antonio Agustín García, a “vacíos discursivos”:

*El primer punto en el que tenemos que detenernos es en lo que nombramos con la noción de masculinidad. La masculinidad es esquivada. Lo es ya, en primer término, en lo que los varones nos cuentan de su propia experiencia como seres con género. La masculinidad se diluye en las autorepresentaciones de los varones y, aunque son capaces de señalar la femineidad y su diferencia con ella, se convierte en un vacío en el modo de enunciarse y encarnarse. (2008: 43)*

Este artículo pretende adentrarse en estas realidades masculinas y tratará de aportar resultados que derivan del estudio que se está llevando a cabo con hombres en Valencia y algunos de sus pueblos y comarcas<sup>1</sup>.

### **1.1. Algunos apuntes sobre la exhibición pública de la masculinidad**

Muchos y muchas de los autores y autoras que han abordado la cuestión masculina coinciden en señalar unas características a partir de las cuales se puede entender cómo se construye socioculturalmente la identidad de los hombres en cada espacio y tiempo concreto (Gilmore, 1994; Kimmel, 1994; Connell, 2001; Subirats, 2013; Badinter, 1993; Seidler, 2007). Aunque existen variantes de carácter cultural y

---

<sup>1</sup> Las entrevistas abiertas se están desarrollando en la zona de la ciudad de Valencia y algunas de sus comarcas limítrofes, atendiendo así a una de las variables de composición de la muestra cualitativa que se refiere al tipo de hábitat. Cabe clarificar que en este momento de trabajo de campo se está trabajando con nueve relatos, siete de ellos ya finalizados, de los que seis son de hombres mayores de cincuenta y cinco años. El universo potencial para nuestra muestra son los hombres mayores de treinta años del ámbito geográfico anteriormente delimitado.

difícilmente se puede hablar de estructuras que necesariamente se repitan de manera idéntica en las diversas culturas estudiadas por la Antropología, sí que parece que se pueda afirmar la existencia de unos elementos que encontramos casi universalmente (Gilmore, 1994) y que afectan a procesos de carácter social por los que los hombres, más allá de la naturaleza y en tanto que sexo biológico, tienen que demostrar en diferentes formas, pero casi inexorablemente su condición masculina y cumplir con una serie de funciones asignadas culturalmente.

Esta característica de la construcción de la masculinidad que influye directamente en las trayectorias vitales y subjetividades de los hombres con distintos niveles de intensidad, es sin duda un objeto de análisis muy sugerente para las Ciencias Sociales, especialmente para la Sociología y la Antropología, que observan cómo, todavía hoy y en lugares muy distantes tanto espacial como culturalmente, los hombres deben probar social y continuamente su virilidad.

Si los hombres deben afirmar su condición es posible que ésta signifique algo para ellos, probablemente porque tiene un valor social destacable que facilita la adquisición de un poder o dominación, de un estatus social privilegiado. En este punto se plantean cuestiones que tanto sociólogos/as como antropólogos/as han tratado de abordar desde los últimos años del siglo pasado.

La primera, y a la que ya se hacía mención, sería la profundización en los porqués de esta demostración pública de la masculinidad, y el consiguiente análisis de las prácticas sociales que la canalizan: desde los ritos de paso o iniciáticos más propios de sociedades tribales (Badinter, 1993; Gilmore, 1994), hasta ritos menos institucionalizados o prácticas sociales que reproducen los hombres de los países

occidentales y que tienen como objetivo último esta exhibición pública de masculinidad.

La segunda, y casi inevitable cuestión, tiene que ver con los porqués. Si se necesita mostrar unas cualidades que “por naturaleza” no se pueden demostrar exclusivamente y continuamente se tienen que defender de las acusaciones de “no ser hombre”, entonces ¿por qué es tan importante ser hombre? ¿Qué significa ser hombre en el siglo XXI? ¿Está vinculada nuestra percepción de la masculinidad “todavía” con el modelo tradicional, ya “obsoleto”, o están buscando los hombres una esencia atemporal, ahistórica, que trasciende cualquier otra variable de clase, etnia o edad? En definitiva, si se articulan socialmente en diferentes formas, una serie de prácticas o ritos por los cuales las personas con sexo masculino deben demostrar su masculinidad, lo sugerente y lo que cabría preguntarse es qué significaciones se le dan hoy a la identidad masculina (tradicional). Desde un punto de vista socioantropológico lo que se pretende saber es ¿qué es/significa/se entiende por ser hombre?

Elisabeth Badinter (1993) se cuestiona, siguiendo esta misma idea, sobre el “enigma masculino”, que se presenta más misterioso que nunca. Para esta autora el hombre podría ser una pregunta sin respuesta, un significante sin significado, con la única certeza identitaria sobre la masculinidad que ser hombre es no ser mujer.

Desde el punto de vista de Antonio Agustín García (2008), la masculinidad es difícilmente alcanzable desde los acercamientos sociológicos. Si se pretende analizar ésta socialmente se debería considerar como un proceso abierto donde lo importante son los sentidos culturales que circulan en referencia a ella y las dinámicas por la que estos sentidos son encarnados, ordenados y significados por los agentes sociales. Para

este sociólogo, la masculinidad puede entenderse como una dinámica de (des)identificación sociocultural.

Como señalan Anastasia Téllez y Ana Dolores Verdú (2011), en referencia a la primera cuestión planteada, la masculinidad, a diferencia de la feminidad que se entiende desde una perspectiva fundamentalmente esencialista, requiere de un esfuerzo de demostración. Es decir, la masculinidad vista socioculturalmente no es exclusivamente alcanzable a través del cuerpo, de la naturaleza, no existe ningún marcador cronobiológico, como sí que existe para las mujeres, por el que los hombres puedan probar frente a sus iguales y a la sociedad que son “verdaderos hombres”. Alcanzar esa “esencia” de la masculinidad, requiere de mecanismos sociales. Al igual que estas autoras, muchos otros investigadores y muchas otras investigadoras han puesto su mirada en este tema, y así se puede hablar prácticamente de una constante en los estudios sobre las masculinidades.

Marina Subirats (2013) pone por ejemplo la necesidad de exhibir “coraje y capacidad de riesgo” como nota central de la masculinidad y como clave en el acceso a posiciones de poder y de superioridad respecto a las mujeres. Destaca la cuestión de los ritos de paso de masculinidad que normalmente suponen aislamientos en lugares peligrosos, donde los jóvenes tienen que aprender a ser autosuficientes, a saber arreglárselas frente a todo tipo de adversidades que se establecen en estos rituales. Los hombres no pueden evitar estas pruebas. Deben demostrar su virilidad a través de la superación de éstas alcanzando así el reconocimiento social de su masculinidad.

En esta misma línea, en el artículo introductorio de “Hombres. La construcción cultural de las masculinidades” elaborado por José M<sup>a</sup> Valcuende y titulado: “A modo

de introducción: una aproximación a las masculinidades” (2003), se pueden encontrar interesantes reflexiones que plantean una vez más la cuestión de la exigencia que supone demostrar la masculinidad en su relación con el poder. Este autor analiza las formas en que hemos entendido la masculinidad, tradicionalmente como el “conjunto de cualidades asociadas a un sexo”. Atendiendo a sus palabras, los hombres deben ser elaborados culturalmente, en contraposición a las mujeres. Pero esta construcción cultural, es decir, los hombres, corren el riesgo de “dejar de ser”, porque no hay que olvidar que la masculinidad en tanto que indicativo de poder debe ser demostrada continuamente (Valcuende, 2003:10).

Juan Carlos Callirgos (2003), por su parte, en su capítulo sobre los caminos de la identidad masculina, incide nuevamente en esta misma cuestión. Para las mujeres existe la menarquía, pero sin embargo para los chicos no existe una “frontera precisa” que indique el momento en que se convierten en hombres. De ahí deduce la necesidad encontrada en diversas sociedades respecto a los ritos necesarios para afirmar la masculinidad. Ritos que pretenden asesinar lo femenino del ser para que pueda nacer el hijo masculino.

Ya por último, es necesario recuperar de nuevo las aportaciones de Elisabeth Badinter (1993) en su conocida obra sobre la identidad masculina, donde analiza la demostración de la masculinidad en diferentes sociedades, abordando desde los ritos de masculinidad descritos por la Antropología hasta las prácticas más propias de los países occidentales y que se reproducen actualmente, como por ejemplo el deporte entre muchas otras; pues ella incide en los diferentes métodos que el sistema patriarcal utiliza para conseguir que los chicos se conviertan en verdaderos hombres.

Estos métodos que son una especie de prueba identitaria demuestran cómo “la identidad masculina se adquiere a un alto precio”.

En cualquier caso, más allá de la necesaria y sin duda interesante perspectiva comparativa que facilitan los estudios antropológicos, sería oportuna la posibilidad de indagar en la cuestión de los ritos y/o prácticas sociales y su nivel de institucionalización. Algunos de ellos son observables aún hoy en distintos lugares de la geografía española, y de una manera más o menos directa se aprecia cómo están vinculados con la reproducción y la demostración de la masculinidad, normalmente con una masculinidad de características tradicionales.

Un claro referente en este sentido es el trabajo realizado por Pedro Cantero (2003) “Hombrear. Modos de aprender a ser hombre” donde aborda la cuestión de las quintas y sus ritos en un pueblo de la sierra de Huelva, durante los años noventa del siglo XX. Este estudio representa una aproximación ciertamente interesante, ya que ayuda a visibilizar la existencia, aunque parece que con tendencia a la desaparición o modificación, de esta serie de rituales y de prácticas todavía vigentes y donde se reproducen precisamente unos patrones conductuales propios de la masculinidad más arcaica pero que precisamente dotan a ésta de significado. Se puede considerar que este tipo de trabajo de campo e investigación etnográfica es ciertamente provechoso para entender las realidades vivenciales masculinas en sus caminos de masculinidad. Este antropólogo describe el ritual de “la quinta” en el pueblo de Galaroza. A través de este dispositivo social se facilita la generación de lazos de solidaridad entre hombres. Lo define como un “rito masculino” que pretende afirmar la virilidad y romper con el mundo femenino. Para ello se desarrollan diferentes prácticas, muchas de ellas

violentas, como por ejemplo matar gallinas o batearlas en un escenario de complicidad masculina.

Existen igualmente otros referentes destacables en la bibliografía especializada, como por ejemplo el caso de Noblejas en Toledo, que detallan José M<sup>a</sup> Espada y Mónica Cornejo (2001), y donde se puede apreciar el mismo fenómeno de los “quintos” tan propio en la tradición festiva española, como rito de paso de masculinidad. En la tradición popular los quintos forman parte del inicio de un proceso que significará “hacerse todo un hombre”, la “mili”. Su estructura simbólica, en palabras de sus autores: “reproduce las divisiones sociales y sanciona el orden heterosexista de género”.

Con estos ejemplos se puede constatar cómo todavía en pleno siglo XXI y en sociedades industrializadas, tecnologizadas, los hombres aún necesitan de procesos sociales muy determinados y en muchos casos con un nivel de formalización elevado, que les conviertan en “verdaderos hombres”.

De hecho, profundizando en esta idea, existe desde los años ochenta y fundamentalmente en el ámbito norteamericano, una preocupación bastante explícita y con relativo éxito entre ciertos estratos masculinos que aboga por la recuperación de estos ritos de paso para los chicos jóvenes. Concretamente se hace referencia al denominado movimiento mitopoético encabezado entre otros por Robert Bly (1992) y su famosa obra *Iron John*, donde este autor reclama la necesidad de recuperar una masculinidad perdida, a modo de una esencia. Este movimiento podría enmarcarse dentro de una lógica de reacción masculina a los feminismos de la denominada segunda ola de los años sesenta y setenta, y en un contexto de incipiente percepción de crisis identitaria en la masculinidad estadounidense. Pretendía que los hombres

recuperasen del fondo de su psique “un ser enorme y primitivo cubierto de pelos de pies a cabeza”. Este es el paso que les faltaría dar a los hombres de los años ochenta y noventa, siguiendo las palabras del poeta.

Así pues, hay una discursiva latente sobre la necesidad de recuperar estos ritos en diferentes partes del mundo, especialmente en países donde ya han desaparecido, al menos en versión ortodoxa. Esta posición también la defienden Douglas Gillette y Robert Moore (1993), a quienes se podría considerar discípulos en versión pretendidamente científica de Robert Bly con su conocida obra sobre los arquetipos de la masculinidad de inspiración junguiana.

Recuperando las ideas de estos autores, el proceso ritual está en fase de desaparición en los países occidentales. Actualmente sólo se podría hablar de “pseudoiniciaciones”. Ya no existen en nuestras sociedades rituales elaborados como sí pasa en otras culturas estudiadas por la Antropología donde los adolescentes de las tribus efectúan una transición a la masculinidad adulta.

En conclusión, las tendencias actuales y la bibliografía existente sobre la temática abordada conducen al planteamiento de cuestiones estrechamente enlazadas y que son el motivo de cierta inquietud socioantropológica acerca del conocimiento científico sobre esta determinada cuestión: ¿qué significa ser hombre? ¿por qué seguimos necesitando de una articulación social concreta para confirmar la masculinidad de los varones?

## 2. Objetivos

El principal objetivo de esta investigación es analizar desde las experiencias masculinas, reflejadas a través de sus narraciones, la manera en que los sujetos se han construido como hombres. Es decir, cómo hombres de diferentes perfiles, fundamentalmente atendiendo a variables como la edad (generación), el hábitat, la profesión y el capital educativo han forjado su masculinidad. Se trata por tanto de buscar si existen constantes, posibles paralelismos o bien diferencias entre las complejas formas de socialización masculina y la manera en que éstas dan significado identitario a los hombres, analizando una posible relación causal entre las variables mencionadas.

La idea central es acceder a través de los relatos de los sujetos que participan en la investigación, al conocimiento sobre las formas más o menos ritualizadas, o en su defecto a lo que se puede denominar “comportamientos ritualizados” que estos hombres, estos chicos, han desarrollado y desarrollan en su vida, analizando cómo estas prácticas sociales pueden tener que ver con su ideal de masculinidad y con lo que la bibliografía sobre la identidad de los hombres acierta en converger respecto a la imperiosa necesidad de demostrar la masculinidad públicamente.

Algunos de los objetivos específicos que se plantean, siguiendo esta misma línea, serían los siguientes.

- Analizar los procesos sociales por los cuales los chicos en su adolescencia se transformaban o han transformado en hombres, incidiendo en el significado que le dan a la identidad masculina y los porqués que justifican la necesidad

de estas prácticas y la demostración de la masculinidad en el contexto sociocultural actual.

- Determinar las prácticas por las que los hombres alcanzan socialmente su estatus de hombre y lo reproducen, reconocido tanto por su grupo de iguales como por el conjunto de la sociedad
- Estudiar los significados y los comportamientos que existen en nuestro territorio con cierto carácter ritual y que implican demostraciones públicas de masculinidad, en forma de ritos de paso con mayor o menor grado de institucionalización, y las características que las definen.
- Profundizar en los porqués de la reproducción y exhibición pública de la masculinidad, desde el punto de vista de los significados que los hombres y la sociedad le conceden a ésta.
- Tratar de establecer paralelismos o puntos en común entre las diferentes prácticas o ritos de masculinidad estudiados por la Antropología en otras culturas y las conductas seleccionadas en el caso valenciano.
- Analizar las posibles paradojas o contradicciones que se puedan observar entre la realidad estudiada y la definición social de esta realidad que hacen los propios hombres a través de sus discursos, especialmente haciendo referencia al significado de la masculinidad y sus funciones en la sociedad actual.
- Concretar los espacios y ámbitos de reproducción de la masculinidad en la sociedad valenciana: festivos, deportivos, religiosos, laborales, educativos, espacios de sociabilidad, grupos de iguales, etc.
- Determinar si existen diferencias significativas entre los discursos de los hombres en función de variables como la edad, el lugar de residencia, el

estatus socioeconómico, el capital educativo, la religión, la orientación sexual, etc.

- Determinar y analizar la posible existencia de diferencias generacionales en la construcción y reproducción social de la masculinidad, profundizando fundamentalmente en la cuestión de la existencia de marcadores cronológicos que facilitan la obtención del estatus de hombre.

### 3. Metodología

Aunque existe una generalización en el uso del concepto de “historia de vida” en el campo de la Antropología o de las Ciencias Sociales en su conjunto, también parece cierto que hay reticencias a la denominación en su uso de esta técnica o sucedáneos. En primer lugar, la definición que da Juan José Pujadas sirve como base al planteamiento metodológico de esta investigación.

*Es un relato autobiográfico, obtenido por el investigador mediante entrevistas sucesivas en las que el objetivo es mostrar el testimonio subjetivo de una persona en la que se recojan tanto los acontecimientos como las valoraciones que dicha persona hace de su propia existencia (Pujadas, 1992:47).*

Más concretamente, en el caso específico de esta aproximación a las realidades sociales masculinas, se sigue una de las modalidades que Anastasia Téllez (2007: 239) recoge a partir de las propuestas de Gordon Allport y Bernabé Sarabia y que facilita la comparación de diferentes relatos. Esta modalidad sería la del “criterio

temático” donde el tema objeto de estudio es el eje articulador de la vida relatada por el sujeto.

Otra de las discusiones respecto a la definición o delimitación técnica y conceptual de las historias de vida es la diferenciación entre éstas y los relatos de vida, en inglés *life history* y *life story* respectivamente, y que suelen generar bastante confusión puesto que la frontera entre la consideración de relato-historia a veces resulta muy difusa (Pujadas, 1992; Valles, 1999; Téllez, 2007).

En este estudio se ha optado por la realización de entrevistas abiertas sucesivas y de carácter biográfico con los sujetos, a modo de historias de vida. Se podría enmarcar este acercamiento a la realidad social, de modo genérico, dentro de lo que Juan José Pujadas (1992) denomina método biográfico. Por tanto, se han realizado una serie de entrevistas abiertas que se han desarrollado con el mismo sujeto hasta la elaboración suficiente de un relato coherente y bastante completo sobre su vida, siempre desde el eje articulador temático elegido para la investigación: la construcción sociocultural de la masculinidad, sus espacios, sus instituciones y el significado que se le concede a ésta.

En este sentido, esta investigación podría quedar enmarcada en lo que Xavier Roigé (1999) señala en su clasificación como tercera opción de presentación y utilización de las historias de vida y que se referiría a trabajos de carácter temáticos basados en esta técnica. Se trataría de analizar los relatos con citas reducidas de los entrevistados, dándose a este procedimiento más importancia que al discurso literal de los mismos, el hilo argumental es más el tema elegido que la secuencia cronológica de las historias de vida.

Así pues, en tanto que las entrevistas son abiertas, se dispone de un guión poco pormenorizado y ampliamente flexible que es adaptable a cada caso. Este guion persigue recuperar las experiencias, los recuerdos y los sentimientos de los varones en diferentes fases de su vida y en diversos ámbitos. Pasa desde el eje tradicional y cronológico de una historia de vida; infancia, adolescencia, juventud, adultez y vejez, en función de la edad del sujeto, hasta el eje temático que tiene que ver con ámbitos de socialización como la familia, la escuela o el grupo de iguales, o procesos ritualizados de masculinidad como la "mili".

En el caso del estudio de las masculinidades es fundamental acceder a lo que se denomina espacio público y tradicionalmente masculino, frente a los espacios domésticos y privados, puesto que es aquí donde se obtiene, conforma y reproduce la identidad masculina, especialmente en su versión tradicional-hegemónica.

Metodológicamente se ha accedido a los relatos biográficos masculinos de sujetos con diferentes perfiles que puedan ayudar a comprender cómo se construyen las identidades masculinas en un determinado contexto cultural y sociohistórico y el significado que a esta identidad le dan los hombres. Interesa, sobre todo, darles la voz como sujetos con género para entender, precisamente en este momento que se puede caracterizar de crisis identitaria masculina, de qué manera están vivenciando estos sentimientos de incertidumbre, de miedo, propios de lo que Zygmunt Bauman, en un sentido más general, denomina como "vida líquida", pero aplicable al caso de los hombres: "es una vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante" (2006:10).

La complejidad y la idiosincrasia propia del trabajo de campo antropológico ofrecen a sus investigadores/as varias opciones en función de las respuestas de los hombres

entrevistados. Esto conduce a que durante su desarrollo, y atendiendo a ciertas características del mismo, algunos procesos de entrevista puedan llegar a ser considerados "historias de vida", en tanto que ofrecen elementos complementarios a la simple narración del sujeto, tales como fotografías, diarios, etc. De cualquier manera, en última instancia siempre dependerá del tratamiento final que el investigador o la investigadora de al material recogido para su definitiva categorización técnica. Así pues, es necesario enfrentarse a la posibilidad de la acumulación de una serie de entrevistas sucesivas (o no) a sujetos que pueden o no dar como resultado una historia de vida total, pero que, en cualquier caso, recogen discursos válidos sobre cómo los hombres han construido su ideal de masculinidad y de qué forma se han "convertido en hombres".

El propósito no es narrar la vida de los sujetos reconstruida por quien investiga a partir de los discursos obtenidos en las entrevistas, como ocurre con las investigaciones basadas en historias de vida de caso único o incluso en los relatos cruzados, por ejemplo, sino buscar en estos discursos las constantes en la construcción de la masculinidad, y las posibles diferencias atendiendo a las principales variables que determinan la composición de la muestra.

Lo que parece importante desde el punto de vista técnico es precisamente que las técnicas escogidas permitan acceder al conocimiento que interesa sobre las vidas de los hombres. Las entrevistas en tanto que se pueden entender como entrevistas en profundidad, abiertas y biográficas son técnicas en las cuales los hombres hablan sobre los diversos ámbitos de socialización en las diferentes etapas de su existencia, lo que facilita, más allá de la opción de poder reconstruir un relato parcial de la vida de cada uno de los sujetos, establecer comparaciones en el análisis de estos discursos

a partir de la perspectiva teórica de la construcción social de la masculinidad en un determinado espacio cultural.

## **4. Análisis de resultados extraíbles de los relatos biográficos<sup>2</sup>**

### **4.1. Masculinidad y espacio público**

Si existe una constante discursiva en todos los relatos masculinos sin duda es lo que se denomina en Ciencias Sociales como "espacio público", es decir, espacios sociales más allá del ámbito privado-doméstico donde los hombres pueden demostrar su masculinidad, teniendo presente que lo de "demostrar" es condición *sine qua non* para la identidad de los hombres.

Por tanto, cuando se hace referencia a estos espacios públicos a los que aluden los sujetos en las entrevistas, se refiere fundamentalmente al mundo del trabajo, como no podía ser de otra manera en un contexto de transición fordista-postfordista. Pero también a otros espacios, siempre más allá del hogar y de los cuidados, reservados a las mujeres: a los espacios de la cultura, de la política, de la educación o del deporte. En todos ellos parece existir una constante: los hombres compiten por y en todos estos ámbitos como condición propia de su identidad de género. Sus "logros" en la vida no tienen que ver con la parte emocional, ni con sus relaciones personales, sino más bien con aquello conseguido y demostrado, material o simbólicamente en el

---

<sup>2</sup> Algunas de las citas literales de los informantes extraídas de las entrevistas han sido traducidas del valenciano, que es la lengua en la que se han desarrollado.

espacio público, donde el reconocimiento de los iguales y de la misma sociedad reafirma un ideal de masculinidad del que ni siquiera parecen conscientes.

En los relatos se ha podido apreciar, cómo sus vidas, frente a preguntas abiertas, vienen condicionadas, cuando no determinadas, por su trabajo, y por su “ascensión social” a través del mismo. Cuestión fácilmente entendible en un contexto donde se fusionan y retroalimentan dos sistemas de organización social (y de dominación) como el patriarcado y el capitalismo en su fase de desarrollo actual. Los hombres, en este último sistema, lo son en función de su trabajo asalariado, se definen como tales en relación a sus ingresos, que a la vez les permiten cumplir con la principal misión asignada a la masculinidad en nuestras sociedades, la proveedora, y que David Gilmore (1994) encuentra casi de manera universal. La vida de los hombres, en muchos casos, es una vida que podría quedar delimitada entre el *workaholismo*<sup>3</sup> y el concepto clásico de *breadwinner*<sup>4</sup>. Véase a continuación una cita de uno de los informantes entrevistados para ilustrar esta cuestión:

*El trabajo era lo primero, para mí no había otra cosa, na más que trabajo, trabajo y trabajo todo estaba conectao al trabajo, durante todo el tiempo [...] a partir de que entré a ser mi propia empresa que eso era muy joven aún ¿ehhh? ¡Uffff!, ahí me entró un exceso..., yo creo que exceso de responsabilidad que eso lo he pagao durante todo el tiempo que..., durante toda mi vida laboral prácticamente, que yo siempre le he dado prioridad al trabajo, siempre. Y eso no es siempre bueno [...] y eso lo he pagao con mi*

---

<sup>3</sup> *Workaholismo* es un concepto que se puede entender como una adicción obsesiva al trabajo que conduce a los sujetos a relegar otras esferas de su vida a un segundo plano. Se asigna la creación del concepto al psicólogo americano Wayne Edward Oates.

<sup>4</sup> *Breadwinner* concepto vinculado con el patriarcado y asociado con la figura masculina que cumple con la función proveedora y mantiene económicamente al hogar, normalmente a su mujer e hijos/as.

*hija, con todos, porque, porque eso ha durao hasta hace poco [...] Pensaba que todo el bienestar mío y de mi familia lo proporcionaba el trabajo, que si el trabajo no funcionaba no funcionaba nada, ¿sabes? Pensaba yo. Que, que, que si había que terminar una faena había que terminarla por encima de todo... yo era una obsesión lo que tenía con la faena. (Jubilado, empresario artes gráficas, 62 años)*

Se podría deducir, por tanto, que si algo es ser hombre en nuestro marco cultural, tendrá mucho que ver con el trabajo asalariado, de ahí las crisis identitarias masculinas que parecen agudizadas por las crisis económicas endémicas al sistema económico actual (Rodríguez, 2014). Pero más allá del mundo del trabajo, los sujetos entrevistados abordan otros escenarios de lo público donde han competido y tratado de ser reconocidos socialmente, lo que se podría traducir en léxico sobre la identidad masculina como espacios de exhibición pública de la masculinidad. Siguiendo a Enrique Gil Calvo (2006) los hombres pugnan por el poder, el capital y los objetos de deseo, entre los cuales se encuentran las mujeres. Estas prácticas competitivas pueden variar desde diferentes tipos de participación o afiliación política o sindical, hasta la participación directa en asociaciones del denominado tercer sector, y a través de otros mecanismos sociales vinculados con la masculinidad como la ocupación y apropiación territorial de los espacios de ocio y la lucha entre iguales por las mujeres como objeto de deseo, de consumo y símbolo de prestigio social masculino.

En cualquier caso lo más importante siempre parece ser el estar fuera del hogar, en la calle, en el espacio público masculino. Ser visible,

porque estar en casa es cosa de mujeres<sup>5</sup> y por tanto puede activar el discurso de la sospecha sobre la identidad de los varones.

Esta obsesión interiorizada a través de los procesos de socialización diferenciales conduce a los hombres en muchas ocasiones a ser “adictos al trabajo” o su acepción en inglés *workaholic*. Su empleo en el ámbito laboral es en numerosas ocasiones a la vez generador de sus problemas personales y válvula de escape de los mismos.

Pero si se interroga a los hombres sobre por qué han dedicado tantas horas a trabajar en sus vidas, difícilmente saben responder más allá de conceptos éticos o morales, a modo de una obligación ineludible de la que necesita la sociedad para su reproducción; parte inexorable de la identidad de los hombres y parte fundamental de la creencia en la necesidad de cumplir con unas funciones asignadas a la masculinidad que siguen pareciendo tener un componente místico.

#### **4.2. Los hombres, las relaciones personales y las emociones**

Los chicos no lloran, y en tanto que no lloran, no pueden o no saben hablar de sus emociones. Han sido contruidos, educados, socializados para ello, los hombres hablan de sus logros, pero no de sus miedos, de sus dudas, de sus debilidades, de sus sentimientos. Esta percepción es relativamente fácil de alcanzar en las entrevistas, puesto que los ejes articuladores de sus vidas siempre tienen unas secuencias o ámbitos muy específicos y que se centran en los estudios y el mundo del trabajo, pero no en las relaciones personales. Acceder a este tipo de conocimiento, el de su mundo

---

<sup>5</sup> Las relaciones entre identidad masculina y el hecho de “no quedarse en casa” o simplemente salir y “plantarse en su sitio” las podemos encontrar en los artículos de Henk Driessen (1991) y Joan Frigolé (1978).

emocional, requiere, en la mayoría de ocasiones, una intervención clara y directa en este sentido por parte de quien entrevista, lo que ya es bastante significativo.

En los relatos recogidos se ven hombres "adictos al trabajo" que han fracasado emocionalmente, o al menos no han sido todo lo felices que hubieran deseado en sus relaciones. La dedicación al trabajo, a los negocios, a la vida pública, o en algunos casos una implicación directa en la lucha simbólica y material por los objetos de deseo, les ha supuesto no desarrollar relaciones ni suficientemente cercanas ni satisfactorias.

*Después a nivel personal quizás en la relación de pareja no me ha ido tan bien, pero bueno, eso ya es... digamos (ríe y hace un parón para aclarar). No es que me haya ido mal pero mi mujer y yo siempre hemos estado un poco (silencio). (Jubilado, funcionario hacienda, 66 años)*

Es importante destacar una especie de "excepción a la regla" que se puede encontrar en las figuras de las madres y las hijas. Mientras que la figura del padre sigue suponiendo un referente simbólico de autoridad, en algunos casos desde la distancia, y en los discursos casi desde el olvido, contrariamente las figuras maternas hacen que los sujetos expresen en muchas ocasiones y por primera vez su parte más emocional. El reconocimiento a la vida de las madres, a su dedicación, a su trabajo invisible está presente en los discursos de los hombres mayores, quienes las entienden como parte fundamental de sus trayectorias.

*iOjalá todo el mundo estuviéramos locos como mi madre! (en un contexto de trastornos bipolares). Tenía ratos malos, pero para mí era una maravilla. [...] Hombre sí, hombre, como referente mi madre, no sé, la persona que*

*más has querido, decir, bueno, vamos a ver; si te dicen "elige entre tu padre y tu madre", yo elijo a mi madre. (Pequeño empresario hostelería, 60 años)*

*Si, de mi madre bueno, mi madre es que es de estas mujeres que de buenas se pasan. Son de estas que no hablan por no ofender. Es una de esas personas que ha trabajado más que una burra para, mi padre trabajaba, pero es que mi madre, imacho!, porque es que mi madre le ayudaba a mi padre... pero es que además de que tenía que atendernos a nosotros dos, trabajaba en casa, bueno, impresionante mi madre... Mi madre cosía, y cosía y cosía porque mi madre ha sido una buena modista pero en aquella época pues no se podía vivir de eso. (Jubilado, empresario artes gráficas, 62 años)*

No parece casual que cuando se refieren a sus hijas desarrollan igualmente una sensibilidad especial, y muestran orgullo e incluso las reconocen como una de las cosas más importantes de su vida, a diferencia de sus parejas. Es decir, que entre los entrevistados se deja entrever cierta satisfacción con el legado simbólico que representan sus hijas, con su linaje, la satisfacción de las cosas bien hechas. Con ellas probablemente tampoco han establecido relaciones de cercanía o de cuidados tan importantes como con sus madres (el papel de cuidadora lo ejercía la madre y no lo han hecho ellos como padres), pero a diferencia de las parejas, de las que casi nunca se habla felizmente, en las hijas sí que se pueden encontrar estos motivos para expresar sentimientos de alegría, aunque también sea con bastante probabilidad una manifestación más de la cultura de la exhibición de los logros masculinos.

Continuando con el tema de las relaciones personales, especialmente las que se podrían caracterizar como amorosas, se puede observar como éstas no tienen un lugar privilegiado en los discursos masculinos. Es más, a veces parece incluso que exista cierta tendencia a esquivarlas en sus palabras. Cuando se cuestiona sobre el tema de diversas formas y en distintos momentos según el discurrir de las entrevistas, se observan dos posibles reacciones. Una primera, y bastante frecuente, supone relatar muy brevemente la experiencia sentimental-amorosa, sin entrar en detalles. Normalmente son hombres que en teoría, o al menos en sus narraciones, han tenido muy pocas relaciones sentimentales, en algunos casos exclusivamente una relación heterosexual que se desarrolla desde unos inicios de noviazgo, que hoy se considerarían muy tempranos, hasta la formalización del matrimonio y la vida en común. Y para estos hombres parecen no tener ninguna significación especialmente relevante sus relaciones personales de carácter más íntimo y cercano.

*Bueno... en mi vida la primera vez que me casé y ahora estoy separao de la primera mujer (habla muy rápido, casi intranscriptible) bueno, divorcio, no tuve familia, ya me casé por lo civil con mi segunda mujer y tengo una familia [...] yo tuve la hija ya a los 36 años o por ahí... (Jubilado, empresario artes gráficas, 62 años)*

Una segunda reacción sería una especie de catarsis donde se liberan frente a quien entrevista, figura ajena y desconocida, de las limitaciones o las "infelicidades" de sus relaciones personales. Se usa con frecuencia la expresión "no se lo había contado a nadie antes", lo que denota cierta liberación que además muestra cómo pese a ver insatisfactorias, o como mínimo, no completamente satisfactorias sus relaciones, nunca suelen hacer una autocrítica, sino más bien una crítica de la pareja como

responsable del mal funcionamiento de la misma, aunque es verdad que con pequeñas dosis de sentimiento de culpabilidad.

*Pero yo con el tiempo he notado que le sentó como tres patadas en la espinilla (se refiere a que él se pudiera sacarse la carrera de derecho), ¿sabes? "este tío" y ella lo ha dicho alguna vez "claro, tú tienes una carrera porque los demás cuidaron a los niños, los demás hicieron las faenas de la casa" [...] Pero ella siempre ha tenido ese poco de manía [...] y a lo mejor es cierto, pero si hubiera vivido yo solo también supongo que lo hubiera hecho.  
(Jubilado, funcionario hacienda, 66 años)*

De cualquier manera, no cabría esperar que estos hombres socializados en la represión y anulación de las emociones, paradigma máximo del "los chicos no lloran" y víctimas directas del macho ibérico y una cultura ultra-católica, tendieran en sus discursos a hablar abiertamente de sus sentimientos y emociones. Sin embargo, la investigación socioantropológica debe tratar de acceder a este nivel de conocimiento, por muy significativo que sea el hecho de que los hombres mayores sigan sin hablar de su parte emocional, puesto que es necesario conocer esa parte de debilidad y de miedos sobre los que se construye la identidad masculina.

### **4.3. Socializaciones masculinas en la infancia y la adolescencia**

La pretensión de un acercamiento biográfico mediante entrevistas abiertas obliga, ineludiblemente, a abordar los recuerdos de la infancia y la adolescencia de los sujetos. Así pues, se necesita profundizar en sus memorias sobre instancias de socialización primaria tan importantes como la escuela o la familia, y recuperar los

relatos sobre las cotidianidades de las prácticas masculinas en el grupo de iguales en edades tempranas.

A pesar de la existencia de ciertos casos de escuelas rurales mixtas, la regla general, y como es bien conocido, es que en la España franquista los colegios estaban segregados por sexo. En este sentido los entrevistados sufrieron de una socialización masculina diferencial en la escuela, que implica una distancia y separación física que divide y clasifica dos mundos sociales muy distintos, y donde se prepara al alumnado para una sociedad profundamente jerarquizada en función del género. Esta distancia tiene una implicación clara en la interiorización y posterior reproducción de las prácticas relacionadas con el "otro", en este caso "la otra", tan distante, tan distinta. Los chicos solían ir a colegios masculinos donde se reforzaba el ideal de masculinidad como negación de la femineidad. No es hasta el instituto y de forma minoritaria cuando empiezan a encontrarse con chicas en el mismo espacio educativo.

La anécdota contada por uno de los entrevistados, en una escuela rural mixta, sirve de ejemplo para ver cómo la moral católica influía de forma directa y perversa sobre la inocencia en la percepción de la sexualidad y de las mujeres como posible objeto de deseo en los niños. En ella el informante relata un breve suceso cuando un maestro le propinó un bofetón en el instante que vio que le quitaba un papelito que tenía pegado una compañera sobre el pecho. El discurso sobre la moralidad católica fue el paso inmediatamente posterior al castigo físico propiciado por el maestro, evidentemente, ante la perplejidad de aquel muchacho inocente que todavía reconoce cómo le afectó en cierta manera a la hora de relacionarse con las mujeres.

En otros ámbitos, más allá de la escuela, ya que los grupos de iguales podían trascender al grupo de amigos del colegio, la calle se convierte en un espacio

primordial para la masculinidad en la infancia. Los chicos aprenden sobre la vida en ese terreno entre la competencia y la camaradería, a través de comportamientos que en muchos casos se podrían entender como ritualizados y que son recurrentes en la mayoría de relatos. La calle, es la calle, espacio público por antonomasia, espacio de la visibilidad. En la calle los niños demuestran que no son niñas reproduciendo todo aquello que éstas se supone no hacen o no deben hacer, o dicho de otro modo, haciendo lo que se les presupone a los aspirantes a "hombres verdaderos". El fútbol, como mecanismo de exhibición pública de la competitividad, la fuerza y ciertas dosis de violencia. Pero no única, ni exclusivamente es el fútbol. Caminar por las montañas, torturar o matar animales, aprender a nadar en las acequias o incluso defender el territorio de las "invasiones" ajenas reproduciendo así cierta cultura militarista. Práctica que se reproducirá con posterioridad en la juventud pero para defender algo más que el territorio: las mujeres<sup>6</sup>.

*Yo me acuerdo un día que matamos a una serpiente y cogimos, la matamos, la colgamos, la paseamos, (ríe) [...] Había siete u ocho casas más con gente de nuestras edades, (se refiere a la casa de campo donde veraneaba con su familia) y allí hacíamos "quadrilles", (grupos de amigos) hacíamos las gamberradas típicas de la época, pero nos llevábamos todos muy bien [...] no recuerdo peleas que en el pueblo sí que teníamos. (Pequeño empresario, agricultor, 59 años)*

Estos espacios de la masculinidad en la infancia, son, por supuesto, espacios exclusivos y expulsivos: no hay sitio para las chicas, sólo para chicos. El grupo de

---

<sup>6</sup> Práctica que se encuentra retratada en el capítulo de Pedro M. Talavan (1989) sobre los ritos de amor y muerte de los quintos en el Valle del Ambroz en Extremadura, aunque a través de procesos festivos.

iguales se compone de vecinos, de primos, de amigos del colegio, pero siempre varones. Existen jerarquías e incluso ciertos procesos de tutorización por parte de los mayores del grupo, que inician en las prácticas propias de la masculinidad a los más jóvenes o funcionan como modelo o referente simbólico. Ejemplo clásico en la adolescencia de estos chicos era el hecho de fumar. Fumar era una forma de convertirse en mayor, por tanto, en hombre, pese a que pudieran apenas haber alcanzado la pubertad.

*El primer sueldo, a mi me daban con 14 años 5 pesetas, el fin de semana, mi paga eran 5 pesetas. Un paquete de tabaco (piensa, intentando recordar) valía 15 pesetas me parece que era. Entonces, yo no es que fumaba pero, a los 14 años si que se compraba tabaco, Marlboro, entonces tenía que juntar la paga de dos semanas para comprar un paquete de Marlboro, luego el paquete me duraba un mes, ya te digo que no es que fumara, ¿ehh?, o sea es que entonces a los 14 tenías que llevar un paquete de tabaco. (Ríe)*

*¿Por qué tenías que llevar a los 14 un paquete de tabaco?*

*Porque ya trabajabas y porque es una manera de ser hombre, imagino (breve silencio reflexivo) es decir, si llevabas un paquete de tabaco eras un hombre, es decir, aunque un paquete de tabaco te durara un mes o más [...] yo me imagino que fumaría cuando estaría delante de alguna chica. (Pequeño empresario hostelería, 60 años)*

#### **4.4. La “mili” como marcador y referente cronológico; la mili como “pérdida de tiempo”**

Al hablar de ritos de paso, especialmente de aquellos referidos a la masculinidad en España, la “mili” siempre se postula como uno de los más institucionalizados. El servicio militar obligatorio fue durante mucho tiempo el dispositivo articulador por el cual los chicos se convertían en hombres. Incluso es usual encontrar expresiones que hacen referencia directa y explícita de tal fenómeno, como por ejemplo “cuando vuelvas de la mili ya serás un hombre” o “la mili te hace hombre” aparte de cierta retórica en la cultura popular sobre las historias y anécdotas de aquellos meses de separación y relativo aislamiento.

A diferencia de las generaciones más jóvenes, todos los sujetos entrevistados hasta el momento tuvieron que realizar dicho “ritual” en su juventud, aproximadamente a los 20 años de edad. Este “ritual”, asesino de lo femenino, homófobo y reproductor de las características más arcaicas asociadas a la virilidad entra dentro de la lógica castrense propia de la historia militar española y su construcción de una determinada masculinidad (Simón, 2013) y cumple casi a la perfección con las estructuras típicas de un rito de paso descritas por Arnold Van Gennep (1986 [1909]) o Victor Turner (1991 [1969]) lo que significa que durante muchos años los jóvenes españoles tenían preparado por parte del Estado un mecanismo social de obligado cumplimiento por el cual dedicaban varios meses de su vida a convivir en un espacio alejado del resto de la sociedad y exclusivamente masculino. Este espacio tenía sus propios ceremoniales y costumbres o tradiciones y ha formado parte de la vida de los hombres, como se puede ver en obras como la compilación de Oscar Guasch (2012) donde varios de los relatores hacen referencia a la “mili”.

Sin embargo, para los sujetos entrevistados hasta el momento en esta investigación, la mili no tiene una significación especial<sup>7</sup> en su forma de entenderse identitariamente (como hombres), puesto que de hecho sólo la utilizan como un referente cronométrico a través del cual relatan sus vidas, pero en sus consideraciones sobre el propio fenómeno lo califican de “pérdida de tiempo”. Aunque haya existido un dispositivo constructor y reproductor de la masculinidad tradicional vinculado directamente con el ámbito militar y que sigue una lógica de rito de paso, no ha sido suficiente desde el punto de vista de los propios sujetos para entender este mecanismo como generador de identidad masculina, al menos de manera consciente, y más allá de los *habitus* construidos en este tiempo de reclusión masculina casi siempre imperceptibles. El *habitus* es un concepto desarrollado por Pierre Bourdieu, y que siguiendo las aportaciones de Luis Enrique Alonso (2003), lo podemos entender como: “*sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas dispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran las experiencias pasadas y funcionan, en cada momento, como matriz estructurante de las percepciones y generadora de acciones*”. Por tanto, los sujetos en sus discursos casi exclusivamente recurren a esta etapa vital como a un periodo que articula su vida, casi la divide, y en muchas ocasiones rompe trayectorias, aunque en algunas otras funciona como rito de paso a la adultez, que no a la obtención de la categoría de “hombre verdadero”.

*Pero bueno fue una mili un poco light, todo hay que decirlo, porque yo a mediodía todos los días me iba a casa [...] pero aún así, a mí la mili se me*

---

<sup>7</sup> Aunque es cierto que se partía de la hipótesis o creencia de que los hombres quieren contar cosas de “la mili”, por el momento esto no ha sucedido así. Aun así pueden aparecer otros sujetos donde esta percepción pueda ser diferente, dándole significación identitaria a este periodo.

*hizo eterna, ese año parecía que no acababa nunca, la verdad es que bueno, fue una experiencia..., ¡qué duda cabe! ¿no? ¡Para que lo vamos a negar!..., pero una experiencia que se podía evitar perfectamente, que a nadie le hacía falta pasar esa experiencia, ¿no? (Jubilado, empresario artes gráficas, 62 años)*

*Yo, o sea, una gran pérdida de tiempo (valoración de "la mili") [...] sentirte que no sirves para nada [...] tíos allí sin hacer nada [...] había tíos que trabajaban en una empresa y les cortaba la vida profesional. No tenía sentido...(Pequeño empresario, agricultor, 59 años)*

En definitiva, las palabras de los sujetos entrevistados vienen a señalar que este dispositivo constructor de masculinidad no funcionó en muchos casos como tal, y por tanto, al menos de momento y a falta de más investigación no podemos entenderlo como un elemento central en la construcción de la identidad masculina.

## **5. In-conclusiones**

A lo largo del texto, especialmente en estas últimas líneas de análisis, se ha pretendido hacer un esbozo de las ideas que se pueden extraer de los resultados obtenidos con el trabajo de campo centrado en los relatos biográficos con varones de la provincia de Valencia.

Se han destacado diversos ámbitos que son bastante recurrentes en las historias y los recuerdos masculinos y que permiten ir conociendo los universos simbólicos de los hombres. Se señala fundamentalmente el "espacio público" como categoría general

que incluiría la gran mayoría de los otros aspectos destacados. La masculinidad necesita ser demostrada continuamente, es un ideal inalcanzable y por tanto genera miedos e inseguridades, pero, obviamente requiere de un espacio de materialización, y es el espacio público; espacio de reconocimiento pero también de fracaso o exclusión.

Y como los hombres deben mostrar públicamente su masculinidad en diferentes escenarios, han hecho uso de la división social de los espacios generada por el patriarcado y el capitalismo, apropiándose de lo público. Si la masculinidad fuera un espacio, sería la calle o la plaza. En estos lugares se compete con el grupo de iguales, aunque siempre desde una supuesta aunque discutible camaradería, con la finalidad de demostrar que se es un "hombre de verdad".

Desde que son muy pequeños, ya sea de manera más o menos formal, como consecuencia de los mandatos directos del género y la fuerza invisible de la incorporación de las estructuras sociales a los cuerpos, y por lo tanto a los modos de actuar, los varones generan espacios de visibilización y exhibición pública de una masculinidad requerida socialmente y exigida por el grupo de iguales, aunque ya no sea necesaria, ni funcional y pueda estar en proceso de obsolescencia.

No es banal que los niños jugaran simulando batallas bélicas, defendiendo el territorio, matando animales o exhibiendo sus valores más competitivos a través de juegos o deportes como el fútbol. Entre otras cosas porque las niñas no lo hacían.

Aunque sí que parecen existir ciertas diferencias en los espacios en los cuales los hombres crean su identidad, en función de una variable fundamental como el hábitat, los valores que subyacen en todos estos espacios suelen ser siempre idénticos. La

clase social, el grupo de estatus al que se pertenece o la profesión que se ejerce, condiciona las formas en que se construye la masculinidad, pero los valores últimos de “logro”, “exhibición” o “reconocimiento” a través de la competición siempre son los mismos.

Por lo visto hasta el momento, no se puede hablar de un espacio ritual de creación de “verdaderos hombres” entre los entrevistados, puesto que ni siquiera “la mili” parece funcionar, al menos de manera consciente, como tal. Sin embargo sí que se han podido encontrar una serie de constantes que más allá de esa categoría general que es el espacio público, dan cuenta de qué han hecho los hombres a lo largo de sus vidas: competir por ascender laboralmente, luchar por escalar socialmente, buscar el reconocimiento público, como eco de un pasado heroico de la masculinidad, una masculinidad que parecen no encarnar pero que, todavía a través de estos resortes en el espacio público, buscan.

Los varones, desafortunadamente, siguen sin hablar o dar importancia a los sentimientos, a sus relaciones personales, sólo hablan de sus logros, o al menos los priorizan en sus relatos. No hay cabida, a menos que se cuestione directamente, para emociones, amores, penas o miedos. Y en eso reside la potencia investigadora de las entrevistas abiertas biográficas: dejar hablar a los sujetos para ver a qué cosas dan importancia de su vida y a cuáles no. Y en eso sí, casi todos los hombres son iguales, más allá de los matices en las formas.

## 6. Bibliografía

Alonso, L. E. (2003). *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.

Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza.

Bauman, Z. (2006). *Vida Líquida*. Barcelona: Paidós.

Bly, R. (1992). *Juan de Hierro [Iron John]*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.

Callirgos, J. C. (2003). "Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina" pp.52-82. En *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales* . Barcelona: Paidós.

Cantero, P. (2003). "Hombrear. Modos de aprender a ser hombre" pp. 53-65. En *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid: Talasa Ediciones.

Connell, R. (2001). *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.

Driessen, H. (1991). "Sociabilidad masculina y rituales de masculinidad en la Andalucía rural" pp.710-718. En *Antropología de los pueblos de España* . Madrid: Taurus Ediciones.

Espada, J. M<sup>a</sup>. y Cornejo, M. (2001). "El Domingo Gordo. La fiesta de los Quintos de Noblejas". *Encanal*, 7, 5-9.

[http://www.jerez.es/fileadmin/Documentos/hombresxigualdad/fondo\\_documental/Identidad\\_masculina/Quintos\\_y\\_damas.pdf](http://www.jerez.es/fileadmin/Documentos/hombresxigualdad/fondo_documental/Identidad_masculina/Quintos_y_damas.pdf)

Frigolé, J. (1978). "“Ser cacique” y “ser hombre”: Dos símbolos y dos modelos de relación en un pueblo de la Vega Alta del Segura” pp.371-390. En *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

García, A. A. (2008). "¿Qué les pasa a los hombres?" *Arxius de Ciències Socials*, 19: 41-51.

Gil Calvo, E. (2006). *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona: Anagrama.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.

Guasch, O. (Ed.) (2012). *Vidas de hombre (s)*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Kimmel, M. (1997). "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina" pp.49-62. En *Masculinidades. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional.

Martín, A. (2002). *Antropología del género: Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Minello, N. (2002). "Masculinidades: un concepto en construcción". *Nueva Antropología*, 61: 11-30.

Moore, R. y Gillette, D. (1993). *La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Pujadas, J. J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales*. Madrid: CIS.

Rodríguez, J. A. (2014). "Cuando Cae el Hombre Proveedor. Masculinidad, Desempleo y Malestar Psicosocial en la Familia. Una Metodología para la Búsqueda de la Normalización Afectiva". *Masculinities and Social Change*, 3 (2): 173-190. doi: 10.4471/MCS.2014. 49

Roigé i Ventura, X. (1999). *Tècniques d'Investigació en Antropologia Social*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.

Segarra, M. y Carabí, À. (eds.) (2000). *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria Editorial.

Seidler, V. J. (2007). *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. Barcelona: Montesinos.

Simón, A. I. (2013). "Corregir, castigar y olvidar a los díscolos soldados. La justicia militar en el primer tercio del siglo XX". *Segle XX. Revista catalana d'història*, 6: 37-61.

Subirats, M. (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Barcelona: Editorial Aresta.

Talavan, P. M. (1989). "El Valle del Ambroz. Ritos de amor y muerte: Los quintos" pp.359-365. En, *Antropología cultural en Extremadura*. Mérida: Editora Regional de Extremadura.

Téllez, A. (2007). *La investigación antropológica*. Alicante: Editorial Club Universitario.

Téllez, A. y Verdú, A. D. (2011). "El significado de la masculinidad para el análisis social". *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2: 80-103.

Turner, V. (1991). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Ithaca, New York: Cornell University Press.

Valcuende, J. M. y Blanco, J. (Eds.) (2003). *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid: Talasa Ediciones.

Valles, M. S. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social: Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.

Van Gennep, A. (1986). *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus

Vendrell, J. (2002). "La masculinidad en cuestión: reflexiones desde la antropología". *Nueva Antropología*, 61: 32-52.